

imperio, la impostura constituye la pompa del poder de los dioses, y el orgullo humano alega las humillaciones de Jesucristo. Frívolas objeciones que Víctor confunde, deshace y anonada. Escuchad, ó ciegos adoradores de los ídolos, y seréis confundidos, escuchad una voz debilitada por los sufridos padecimientos, pero que el espíritu de Dios transforma en voz de fuerza y de magnificencia: *Vox Domini in virtute, vox Domini in magnificentia.* (Psalm. xxviii, 4). Víctor habla, y á vosotros, ó jueces incúamente prevenidos, dirige con entera confianza estos majestuosos acentos: Si en la acusacion que se intenta contra mí no se tratara mas que del César y de la república, mi defensa no consistiria mas que en protestar que jamás he faltado á la obediencia y sumision debidas á los emperadores, de lo que mas que de mis palabras serian testimonios indestructibles mis servicios y mi profesion. Yo soy cristiano, ¡ay de los cristianos que diesen ejemplos de rebelion y dejasen de ser obedientes á las leyes ó fieles al príncipe! pues su religion y las leyes del Estado enumeran estas faltas entre los grandes delitos. Pero ¡qué fuego divino, qué entusiasmo domina su alma! Dioses del gentilismo, exclama, frágiles simulacros, sombras impotentes, se exige que yo os adore, cuando me avergonzaria de imitaros. Célebrense la majestad de vuestro culto, ó cuéntense maravillas de vuestra proteccion, todas son ilusiones. Y ¿hasta cuándo, ó demasiado crédulos mortales, querréis dejaros engañar? ¡Ah! perezcan los dioses, cuyos mandamientos y ejemplos conducen al delito! *Pereant.* (Act. S. Vict. c. 3). Y ¿qué escucho yo? ¡Oigo que se cuentan los hechos de estos execrables dioses en los teatros públicos, donde el incesto tiene sus adoradores, allí donde el nombre del latrocinio tiene su divinidad, y donde el furor, la prostitucion y la piedad supersticiosa inciensa á los demonios!

19. Mi lengua no publicará, no, las alabanzas de aquellas vanas fantasmas, de las cuales solo se puede celebrar la cruel malicia, y cuyo poder es siempre fatal á la humanidad. ¡Oh Roma! ¡oh Marsella! vuestros dioses, como vuestros enemigos que son, son obra toda vuestra; yo atestiguo en prueba de ello, con estas maderas, estas piedras y estos metales, los cuales les dan la existencia, empero sin darles vida, son vuestros enemigos; y ¿cuáles enemigos son para vosotros mas formidables que aquellos que fomentan vuestras pasiones? Donde reinan las pasiones, deben estas introducir todas las calamidades... ¡Oh jueces, oh conciudadanos míos! ¿Qué coronas espera recibir vuestra virtud, si es que alguna te-

neis, puesto que vuestros dioses no pueden recompensar virtudes de las que ellos no pueden dar ejemplo? Para Víctor seria todavía poco llenar de vergüenza al paganismo y á sus partidarios; por lo tanto aun le queda que vengar á la fe que profesa y al Dios que adora. ¡Un Dios pobre, qué escándalo! van diciendo los paganos. ¡Un Dios pobre! añade Víctor, enriquece con sus bienes al universo. ¡Oh cuán grande es aquel que desde lo alto de una cruz somete á su religion todas las religiones del mundo! Se insulta á su pobreza, pero de ella misma ha hecho nacer Jesucristo su poder, habiendo hecho obedecer á su voz á la enfermedad y á la muerte, por lo que los hombres deben saludar por su Dios á aquel á quien toda la tierra reconoce por su autor.

20. ¿Por qué no poseo yo, amados oyentes, el arte afortunado de vestir con mis palabras los sublimes pensamientos de Víctor? Haria hablar por la religion cristiana á los profetas que la anuncian, á los apóstoles que la predicán, á los mártires que la defienden, á los milagros que la confirman, y á la gloria de Dios, que vencedor de la muerte, presenta á sus discípulos sus acciones por norma, su gracia por subsidio, su sangre por rescate y su reino por galardón.

21. Oprimidos por el valor y el peso de aquellas razones los jueces, acusan á Víctor de querer sorprender su credulidad con las sutilezas de una vana filosofía: *Philosophis.* (Act. S. Vict. c. 6). No, jueces venerables, exclama el Santo, yo no intento de ningun modo someter vuestras luces á fraudulentas argumentaciones, y sí solo á la fuerza de la verdad; dignese el cielo coronar con vuestra conversion mi ministerio, pues mas de una vez los enemigos de la Religion se han cambiado en discípulos, y yo mismo podria presentaros importantes conquistas... ¡Ah! ¿qué dijo Víctor? ¿Ha alcanzado este conquistas y discípulos? ¿Qué lúnebre silencio ha producido semejante confesion, y cuántas acerbísimas penas serán su consecuencia!

22. La escena cambia... cambiemos nosotros tambien el objeto de nuestras miradas, y al elocuente apologista de la Religion hagamos suceder el feliz conquistador que prueba su poderío: *Exivit vincens.* Ya hacia dos siglos que los progresos del Evangelio presagiaban á Roma la ruina de la idolatría, inútilmente la adulacion presentaba á los Césares un dominio duradero, pues temian que llegase el momento de una catástrofe, y este temor era muy racional á causa de los frecuentes vaivenes que sufría el imperio roma-



no. Los señores del mundo eran hombres, y los hombres son muy ingeniosos para atribularse, pues parece que tenemos un presentimiento de las desgracias que nos amenazan. Agitado Maximiano, por aquellos temores, comparece en Marsella donde la religion cristiana habia multiplicado sus discípulos; entre estos Víctor tenia el grado mas elevado y era el alma de aquella naciente sociedad. Una sociedad que se forma en un Estado y que introduce en él una nueva religion anuncia á los príncipes cavilosos una tempestad de la cual deben sollicitamenté desviar su curso... Se unen contra Víctor todas las sospechas que el odio de un príncipe celoso de su autoridad ha nutrido contra los cristianos. Pero ¿á cuántas nuevas sospechas no se abandonará el agitado ánimo de Maximiano cuando en su mismo palacio resonará la fama de los portentos obrados por el prisionero de Jesucristo en el lugar de su detencion? La misma órden que habia quitado la libertad á Víctor, contenia tambien la de que fuese confiado á algunos satélites con el encargo de llevarlo ante el tribunal de sus jueces. Alejandro, Feliciano y Longinos, educados en la carrera de las armas, fidelísimos al César y celosos adoradores de los ídolos, ejercian antes con ciega obediencia y no menos crueldad la autoridad concedida sobre Víctor por el ministerio público. ¡Gran Dios! Tú permites que los enemigos de Víctor se armen en contra suya con todas las crueldades, por lo mismo que tu gracia debe trocar estas en otros tantos hechos de mansedumbre, puesto que es necesario que no deba el universo atribuir mas que á tu gracia el milagro de su conversion.

23. Mientras que Víctor pacientemente enseña la moderacion y la caridad á sus feroces centinelas ó guardianes, se disipan las sombras nocturnas, y los Ángeles rompen los lazos de la cautividad, los satélites estupefactos ven abrirse de par en par las puertas de la prision; Víctor libre se escapa burlando la vigilancia y los esfuerzos de los soldados, y vuela á consolar á los cristianos: vuelve luego á ceñir las cadenas que poco antes rompieron sus manos ofreciendo á sus custodios un nuevo argumento de maravilla. Atónitos y confusos estos no dan crédito á sus propios ojos; han visto y sin embargo dudan. Yo me engaño, el prodigio se renueva, la incredulidad no tiene mas pretextos, ya están convertidos... hé aquí la cárcel de Víctor trocarse en cuna de la nueva religion.

24. En los primeros momentos del arrepentimiento los custodios de Víctor, cambiados en discípulos de este, tratan de sincerarse del trato duro que, obedeciendo á sus deberes, dieron á nuestro

Héroe, y, siguiendo sus huellas, se dirigen á la orilla del mar donde un ministro del Dios vivo derrama sobre ellos aquella agua apreciable que hace morir al pecado y vivir á la gracia: *Sacris lustrat aquis.* (Santol. Vict. hymn.). Cristianos en virtud de milagro, lo serán pronto por convencimiento. Víctor es el consejo, el maestro y el padre, y cual padre infunde en sus hijos un nuevo espíritu, un nuevo corazon, una segunda vida: *Nova pectora vero numini consecrat.* En la oscuridad de un profundo calabozo nace aquella rica mies de cristianos: *Surgit christiadam seges.* (Idem). Un mismo sol ve sembrar el grano, germinar, nacer la flor, madurar el fruto... fortificados por la gracia del Sacramento que los hace cristianos, instruidos por Víctor en los principios del Cristianismo: *Non ignari divinæ legis.* (Act. S. Vict.). Alejandro, Feliciano y Longinos se complacen en quedar prisioneros de su suerte voluntariamente. ¡Ay! no se aperciben estos que se hacian traicion á sí mismos, y que trasluciéndose fuera del ámbito del calabozo el prodigio de su conversion, acusaban en contra suya, como contra Víctor, la indignacion del populacho y el furor del Monarca. Hasta á la corte llegó la noticia que los guardias de Víctor, impresionados por maravillosos sucesos, se habian inscrito en el número de sus discípulos; lo sabe Maximiano y ruge: *Fremuit.* (Act. S. Vict.). Y en el exceso del furor que lo domina, condena á Víctor á sufrir mil variados tormentos. Que lo acompañen al suplicio, exclama, los conquistados por su celo... Tus deseos, ó príncipe cruel, serán satisfechos, y aun con exceso. Paréceme oír en aquel fatal instante á Víctor como animaba á sus discípulos á sostener el combate: *Refecibat eos sermonibus suis.* (Act. S. Vict. c. 8). Me parece oírle pronunciar estas enérgicas palabras: ¡Oh discípulos de Jesucristo! ¡oh hijos míos, hermanos! no debe haber mas que un paso del bautismo al martirio. Valientes soldados, desplegad ahora por vuestra religion, como lo hicisteis por vuestra patria, el mismo valor que sostuvo al poder romano, para que de este modo queden confundidas las supersticiones; los ídolos son vuestros enemigos, el socorro os lo dará Dios, y tendréis el cielo por recompensa.

25. Inflamados por la viva elocuencia de Víctor, se presentan sus discípulos ante los jueces, con el mismo valor é intrepidez con que se presentaban ante los ejércitos enemigos del imperio, y declaran ingénuamente que profesan la religion de Jesucristo, estando prontos á morir por ella: *Responderunt, se per omnia christianos.* (Act. S. Vict. c. 8). Una resolucion tan firme no pudo menos que



despertar un general descontento ; entre los gritos del pueblo se distingue uno mas fuerte y furioso, el cual increpa á Víctor acerca de la muerte que van á sufrir aquellas víctimas seducidas por sus pérfidos consejos. Oye nuestro Héroe aquellas voces, pero no se conmueve, ni le causan impresion alguna; sin embargo los jueces le mandan que devuelva aquellos extraviados al culto de los dioses, y Víctor contesta, que por complacer á una política insensata no intentaria jamás destruir una obra comenzada por un favor especial del cielo.

26. Generosos soldados de Cristo, vosotros oíais este discurso inspirado por la Religion misma, y esta era una leccion que Víctor dirigia á vosotros, al mismo tiempo que á sus jueces, pues estos se ofenden, y vosotros os aprovechais de ella. Los jueces se enfurecen, mientras que vosotros adquirís mayor intrepidez. La tierra ya no es nada para vosotros, ni tampoco os queda mas que un deseo, y este es morir por Jesucristo... y vosotros moriréis. Al pié de los altares, y por orden de sus jueces, son conducidos Víctor y sus discípulos: *Ducuntur ad templum.* (Act. S. Vict. c. 7). Un pueblo inmenso concurre á este espectáculo: *Concurrente universo populo.* Ya está preparado el incienso, y obligados nuestros héroes á ofrecer sus homenajes á los ídolos. No, no, los discípulos de Víctor fijan su vista en su maestro, cual presagio seguro de la victoria; y á pesar de que los tiranos obligan á aquellos á incensar á los falsos dioses, los cristianos se niegan á hacerlo: *Thura negant*; negacion humillante para la idolatría y sus protectores. Ya no escuchan los malvados mas que los acentos de su desesperada rabia. Se promulga el decreto, y se ejecuta la sentencia, y á los piés de Víctor triunfante caen bajo la espada homicida las cabezas de los tres héroes que en un mismo dia él hizo cristianos, apóstoles y mártires: *Gloria feriuntur.*

27. Salpicado de sangre y lleno de gloria, ¡con cuánta veneracion contempla Víctor aquellas nobles víctimas de la fe, invocando en un transporte de fervor el instante que debe consumir su sacrificio y su felicidad! ¡Ay! qué felicidad, la cual Víctor no comprará sino al precio de mil tormentos! Las almas grandes necesitan grandes pruebas; no le bastó á Víctor haber confundido la idolatría, debió instruir además á los siglos venideros, y en todos tiempos servirá de prueba á la Religion, y cuando al reinado de los ídolos sucederá el de la incredulidad, es necesario que para atestiguar la fe puedan citarse los padecimientos y la gloria de Víctor. Ha com-

probado este, por sus costumbres, la santidad de la Religion, ha demostrado la verdad con la elocuencia, y con sus conquistas ha hecho ver que la fe alcanza victorias mas preclaras que las de la ambicion, puesto que esta somete á los imperios, y aquella á los espíritus. La ambicion hace esclavos, la fe crea mártires. El corazon rechaza las conquistas de la ambicion que al fin sus partidarios ó secuaces degeneran en descontentos; mientras el corazon recibe con gusto el yugo que le impone la fe, y se honra con ser esclavo de ella. ¡Héroes de la antigua Roma, no celebreis ya vuestros hechos, de los cuales hoy ni aun vestigios quedan! El Héroe de Marsella ha alcanzado victorias verdaderamente duraderas, y la Iglesia todavia recoge abundantes frutos. Víctor no ha cesado aun de atestiguar la potencia de la Religion; en otros tiempos la hizo triunfar de la idolatría: *Exivit vincens*, y aun hoy la hace triunfar de la incredulidad: *ut vinceret.*

*Segunda parte: Víctor hace, aun hoy, triunfar la Religion sobre la incredulidad.*

28. La Religion ha tenido constantemente por enemigos á los llamados espíritus fuertes, á los que la ignorancia y la vanidad condecoran con el fastuoso nombre de filósofos, los cuales no han existido casualmente en tanto número, ni han sido tan presuntuosos como en nuestro siglo. Si escuchamos á estos, oirémos que el Cristianismo debe sus mártires al entusiasmo, los milagros á la supersticion, y las virtudes á la hipocresia. Del solo ejemplo de san Víctor quiero yo deducir tales reflexiones, que obliguen á los inerédulos á ruborizarse de sus injusticias. Yo interrogo á la sangre, á las cenizas y á los discípulos; y oigo que la voz de su sangre me dice: No hay mas que una religion divina que pueda inspirar tanto valor en medio de tantos suplicios; y la voz de sus cenizas me enseña que solo una religion divina puede perpetuar tantos milagros en medio de tanta série de humanas catástrofes; y por último la voz de sus discípulos me persuade que no hay mas que una religion divina que pueda conciliar tantas virtudes con tantas glorias; por lo tanto Víctor hace todavia hoy triunfar la Religion sobre la incredulidad, como la hizo triunfar antes de la idolatría: *Exivit vincens ut vinceret.*

29. Cada mártir es un testimonio de la fe, y su muerte una victoria para él, en medio de lo acerbo de las penas; él publica, dice



san Juan Crisóstomo, la gloria de Dios que lo sostiene y corona : *Omnis martyr enarrat gloriam Dei.* (Homil. ad pop. Antioch.). Estéban la publica en Jerusalem, Ignacio en Antioquía, Lorenzo en Roma, Cipriano en Cartago, Ireneo en Lyon, Vicente en Valencia, y Víctor en Marsella. Pero ¡cuán luminoso es el testimonio que da en Marsella este último á favor de la Religión! Mientras mas numerosos han sido sus combates, mas glorioso fue su triunfo. Y ¿cuál de entre los Mártires sostuvo mayor número de combates que Víctor? Tantos fueron estos, que casi harian creer que los escritores encargados de transmitir su memoria á las generaciones futuras se habian permitido exponer invenciones ingeniosas, si el mas severo historiador de los Santos (*Baillet, 21 julio, Exposicion crítica*) no se hubiese encargado de advertir que las actas de san Víctor fueron recogidas en fuentes auténticas, antiguas y ciertas, no dejando el menor motivo de duda sobre el tiempo, lugar y género de su muerte.

30. Á un célebre orador (el abate Boileau, de la Academia francesa, *Panegrico de san Víctor*) le pareció entrever todas las circunstancias de la muerte de nuestro Héroe felizmente reunidas en las palabras de un profeta, complaciéndose en prestar un nombre majestuoso á cada cual de los instrumentos que se usaron en el suplicio de Víctor. Comprendia por la voz látigo, con que Víctor fue azotado, *vox flagelli*; por la de la rueda bajo la cual fue cruelmente destrozado Víctor, *vox impetu rotæ*; y describiendo al fogoso caballo por el cual fue arrastrado Víctor, *equi frementis*, así como la reluciente espada con la cual fue traspasado Víctor, *et emicantis gladii*, y como la voz de las víctimas que á los ojos de Víctor fueron inmoladas á la fe, *et multitudinis interfectæ...* (Nahum, III).

31. Aplaudamos de buena voluntad aquellos justos y luminosos rasgos que no pueden ser concebidos, reunidos ni colocados oportunamente sino por los grandes maestros de oratoria, y confesemos además que semejantes rasgos de elocuencia, parto de elevadísimos espíritus, no representan todavía á Víctor por completo y rodeado de toda su brillante y verdadera luz. ¿Qué podremos añadir nosotros á la imágen de tantos dolores y al mérito de tantos combates? Añadirémos los sentimientos de Víctor, aquellos invictos y heroicos sentimientos que solamente es capaz de inspirar la Religión, y que la vengan de los incrédulos y del reproche de envilecer al entendimiento, de entumecer el valor y de extinguir el heroismo. Es preciso manifestar que desde el principio de la glo-

riosa vida de Víctor se le presentaron bajo mil diferentes formas los aparatos é instrumentos de su suplicio y aun de su misma muerte; pero que aquel sin horrorizarse ni menos intimidarse los contempla, los desafia luego impávido, y sus sacrificios no llegan nunca á añadir cosa alguna á sus deseos. Tambien es necesario consignar que por los efectos de la virtud mas que humana que sostiene á Víctor, sus enemigos acaban por reconocer plenamente la divinidad de la religion que él profesa.

32. Yo quisiera que la solemnidad de este dia hubiese atraído á este templo á todos aquellos espíritus fuertes que en el dia se declaran con tanta impudencia contra la Religión y sus Mártires, pues yo los invitaria á seguir las huellas de Víctor, ó mas bien las de su sangre, pues ¿qué ángulo de Marsella no fue regado con aquella preciosa y noble sangre? *Fusus vulneribus signat iter cruor.* (Santol. Vict. hymn.). La miserable suerte de los esclavos es el primer castigo que decretan los tiranos para Víctor. Castigo dolorosísimo para un personaje preclaro por su nacimiento y valor. La mas sangrienta flagelación sigue á aquellos primeros padecimientos, preparando otros nuevos : *Adhuc militaturus remittitur.* (Act. S. Vict. c. 8). Pero por el continuo sentirse superior á los tormentos no parece sino que Víctor desafia á los jueces para que extingan su cólera en su sangre. Que lo denuncien al imperio, que lo acusen los dioses impostores, que los pueblos soliciten su muerte, en esta furia general de horribles deseos y venganzas, Víctor solo sostiene contra todos y prueba que la variedad de los multiplicados tormentos no es capaz de hacerle desviar una línea de su glorioso propósito.

33. Una contestacion de crueldad surgida entre los jueces no suspende el curso de las tribulaciones de aquel, sino para dejar al mas cruel de ellos el bárbaro placer de derramar en Víctor el dolor hasta apurar las heces. En el semblante del Santo, en aquel rostro que debia infundir respeto y reverencia á todos los circunstantes, Asterio en un impetuoso transporte de ira se atrevió á poner la mano : *Asterius dedit ei alapam.* (Act. S. Vict. c. 8). Pero Víctor, segun el ejemplo de Jesucristo, sufrió la injuria y el daño sin quejarse, y perdonó al ofensor. El militar se acordó únicamente de que era cristiano, y aparecerá aun todavía mas glorioso. Empero tres veces, manos vendidas á la iniquidad se levantan con violencia contra Víctor tendido en una cruz : *Affixus cruci.* (Santol. Vict. hymn.). Tres veces con igual ignominia lo muestran á la vista de un pueblo insensato, el cual encuentra placer en tan miserable espectáculo. En



el siglo de Víctor la cruz no ornaba todavía la frente de los Césares, era aun para Roma y para Marsella un suplicio infame, pero Víctor la observa bajo un aspecto bien diferente. Con el ojo de la fe ve en ella aquel sacratísimo madero sobre el cual un Dios con su propia sangre selló la salvacion del mundo. Tú piensas cubrirme de oprobio, dice al tirano, y en cambio me llenas de gloria. Consuma tu obra y mi felicidad; espadas, hogueras, suplicios de muerte, y os deseo. Los deseos por que tanto suspiras serán plenamente satisfechos, ¡oh noble Santo! pero antes debes, por medio de señaladas victorias, llevar á cabo la derrota de la idolatría como el triunfo de la Religion. Vé, ¡oh valiente entre los hombres! decia á Gedeon el Dios de Israel, demuestra altamente tu valor, yo estaré contigo; humillarás el orgullo de Madian, y destruirás el altar de Baal... (*Judic. vi, 2, 4, 15*).

34. Víctor recibe las mismas órdenes y las ejecuta. Prepárase una solemne ceremonia á la cual intervienen los jueces presididos por el Emperador, y á la que el pueblo acude en tropel; se erige un altar sobre el cual colocan el ídolo. Víctor aparece. Á tí te pertenece, ó Víctor, cumplir el sacrificio para el cual te ha invitado la amistad del monarca solicitándote su autoridad, justificándotelo su ejemplo, y por el cual te se tienen preparadas recompensas. Acércate, pues, al altar. Víctor se adelanta, llega, apercibe el ídolo... ¡Ah! vosotros temblais, amados oyentes; no, tranquilizad vuestro ánimo. Nuestro Héroe no tributa sus homenajes al ídolo, y si este inflama el celo de aquel y ya se atreve... ¡qué espectáculo! se atreve, á la presencia del monarca, de los jueces, del pontífice, del pueblo todo, á insultar al ídolo, derrocarlo, romperlo y hollarlo. En vista de la negativa de Víctor, de un ídolo derrocado, y de un altar abatido, parece que todos los rayos del imperio quieren herirle, todos los dioses de la gentilidad reclaman sus derechos, todos los espectadores piden con voces y ademanes furiosos que el pié sacrilego que no respetó la divinidad pruebe su resentimiento. Dioses impotentes que no os sabeis vengar á vosotros mismos, ¿creéis que seréis vengados por vuestros estúpidos adoradores? ¡Ah! que aquel respetable y sagrado pié, de órden de un príncipe furibundo, cesa es verdad de sostener al extenuado cuerpo de Víctor! (El Padre de la Roche, del Oratorio, *Panegrico de san Víctor*, segunda parte). Empero no cesa un momento de ser un subsidio poderoso para su fe y su celo. Una serena y tranquila mirada dirige nuestro Héroe á aquel miembro separado de su cuerpo, á tí lo ofrece, ó Dios mio, como

*primicias de todo su cuerpo* (Baillet, 21 de julio), del cual pronto va á ofrecerte el sacrificio. Pero este no debe cumplirse sino por una especie de suplicio desconocida á la ferocidad de los Neronos y Domicianos... Bajo el enorme peso de una rueda de molino, levantada trabajosamente por medio de una palanca, fue colocado por los feroces verdugos el cuerpo de Víctor. Bajo aquella pesada mole rechinan triturándose todas las partes de su cuerpo. Á raudales corre la sangre... ¿y todavía respirará? Sí, el cielo lo conserva por medio de un prodigio para demostrar á la tierra atónita un busto animado que sobrevive, si me es permitido decirlo, á sí mismo.

35. Ni tampoco lo poseerá la tierra mucho tiempo. Exánime, sí, pero siempre valiente, siempre firme, Víctor presentará sin conmoverse su cabeza á la espada que debe separarla del tronco. En efecto, cae el cuerpo, y cae el Mártir. Víctor espira, pero espirando obtiene una victoria, y oye una milagrosa voz del cielo que le dice: Víctor, has vencido: *Vicisti Victor*. (Act. S. Vict. c. 9). Sí, Víctor, has vencido: *Vicisti*, y tu victoria es aun hoy un triunfo para la Religion; por lo tanto yo pregunto á los incrédulos, ¿de qué fuente ha sacado Víctor su valor, su constancia y su heroísmo? No hay seguramente mas que una gracia eficazísima que pueda hacer resistir al hombre sus mas largos y terribles padecimientos. El hombre naturalmente desea elevarse sobre su débil y pobre naturaleza, pero esta virtud pertenece únicamente á la Divinidad, árbitra de hacer á aquel superior á los sentimientos de la humanidad. Empero no hay mas que una religion divina que tenga el poder de inspirar la intrepidez de los Mártires en medio de tantos suplicios, y hé aquí lo que nos enseña la sangre de Víctor. Sus cenizas nos enseñarán que solamente una religion divina puede perpetuar tantos milagros en medio de tantos sucesos políticos: *Exivit vincens ut vinceret*. La gloria de los Santos jamás perece con ellos, como sucede á la gloria de los héroes profanos, dice san Cipriano; porque la Iglesia agradecida los señala con aquella inmortalidad que los tiranos se ingeniaban en negarles, y lo que san Cipriano decia hablando de los Mártires en general, ¿no podré yo decirlo hablando especialmente de san Víctor? En el mismo instante en que sobre el altar de su sacrificio cae aquella gran víctima de la Religion, encendiéndose el cielo, anuncia con rayos y truenos, tanto la gloria del santo Mártir, como la vergüenza de sus perseguidores: *Vindices aether jaculatus ignes*. (Santol. Vict. hymn.). Tirano cruel, impío Maximiano, tú esperabas vencer con la autoridad despues de su



muerte á aquel que por su constancia te habia vencido durante su vida. Tú pensabas sepultar en los abismos del mar el nombre de sus discípulos, pero tus infucos designios se vieron confundidos, porque las olas, mas humanas que tú, respetaron á los mártires que tú condenaste, y no parecia sino que se solidificaban para conducir á la playa los incorruptibles cuerpos de que las hiciste depositarias: *Constitit pontus venerantis instar*. (Santol. Vict. hymn.). Una mano invisible conduce sobre las aguas á la estupefacta Marsella sus mártires y protectores. Por aquella misma mano es ya insigne el poder de Víctor, puesto que sobre su flotante cadáver se cumple precisamente otro martirio. Hijo único de un padre, al cual la espada del tirano hacia poco tiempo habia quitado la vida, el inconsolable Deutero continuamente buscaba entre los escollos del mar las reliquias de Longinos, su padre; y dominado por el espíritu de la fe, y revestido de un celo ardentísimo, se precipita en el mar, y atravesando las espumosas olas busca sobre el sangriento cuerpo del padre la muerte que desea y encuentra. ¡Oh gloriosa muerte! ¡Justa recompensa á tu filial ternura! Muerte que la Iglesia honra con el nombre de martirio, y cuya gloria atribuye á Víctor. Hé aquí el primer fruto de su proteccion, que pronto brillará mas radiante por medio de nuevos portentos. Sobre su tumba se cumple el oráculo del Señor que habia anunciado por los Profetas la destruccion de la idolatría: Mandaré á vuestras ciudades la espada de la venganza: *Inducam super vos gladium*: derrocaré los templos, demoleré vuestros altares, *demoliar aras vestras*, y de vuestros simulacros solo quedarán espantosas ruinas: *Confringentur simulachra vestra*. (Ezechiel. VI, v. 3, 4).

36. ¿Hubieras tú esperado, ó santa Iglesia, que el siglo de Diocleciano y de Maximiano fuese próximo á la época en la que el Cristianismo debia sentarse sobre el trono de los Césares? Tan negra tempestad ¿prometia acaso una calma tan cercana? Manda Dios, y á la señal de sus omnipotentes deseos cámbiase la faz del universo. ¡Oh! ¡cuántos y estrepitosos sucesos aducen aquí los fastos de la Iglesia! No léjos del lugar venerable donde descansan las cenizas de Víctor, Constantino ataca á Maximiano; pero temiendo el tirano y con razon al vencedor, hace esfuerzos desesperados, y por fin sucumbe... Marsella habia sido el campo de sus crueldades, Marsella debia ser el teatro de su desesperacion. Estaba escrito que aquel príncipe detestable debia llenar el colmo de sus delitos con el de su propia muerte. La de Maximiano en Marsella, prorumpe Lactancio,

es el justo castigo de la muerte que en la misma ciudad hizo padecer á Víctor: *Apud Marsiliam pœnas luit*. Bien debia el cielo permitir que tan furibundo mónstruo de maldades revolviere una vez contra sí mismo aquellas manos que siempre tuvo armadas contra los cristianos. Ciertamente, no hubiera habido otras mas dignas de arrancarle el alma del cuerpo, puesto que no se hubieran encontrado otras mas infames. O Víctor, ¿acaso es tu sangre que pidiendo venganza al cielo exaspera el furor de Maximiano contra sí mismo, y arma á favor de la Iglesia el brazo y el celo de Constantino? Víctor habia derrocado las aras y los ídolos en Marsella, y la destruccion del ídolo adorado por los marselleses presagiaba la caida de los ídolos adorados en todo el universo. ¿Dónde están ahora aquellos simulacros á quienes la supersticiosa Roma hacia dioses de la ira y de los rayos? *Nunc Jupiter*. (Santol. Vict. hymn.). ¿Dónde están los adoradores? *Supplex ubi turba?* ¿Dónde están los templos y los altares? *Ubi ara?* Los altares, los adoradores y los ídolos hoy no son sino polvo: *Pulvis est*, y el Dios de Víctor es adorado por toda la tierra, su culto está extendido por todas las naciones, y la cruz colocada sobre el trono no irá envuelta jamás entre las ruinas del mundo. ¿Qué queda hoy de aquel monarca que se declaró perseguidor del santo Mártir? No parece sino que la memoria de su nombre se haya salvado del olvido de los tiempos con el único fin de que se oiga entre las gentes manchado con las mas deshonorosas ideas para la humanidad. Al contrario de Víctor, que vencedor de la muerte, todavia vive en la oscuridad de su tumba, y aquellos sagrados huesos mandan á la naturaleza, ¿qué digo la naturaleza? al infierno, á la tierra, y hablan al cielo, pues el infierno teme su poderío, la tierra lo siente, el cielo lo hace durar. Víctor espira, y los restos de su cuerpo mortal se los disputan las naciones. Su nombre era ilustre en la capital de la Francia desde el principio de la monarquía, y con el acrecentamiento de esta aumentó su culto. (Baillet). Desde la capital, que por la liberalidad de un pontífice logró poseer la augusta cabeza del Mártir, se extendió la veneracion de su memoria hasta las mas apartadas provincias. (Pedro de Corbeille, arzobispo de Sens). Tambien se extendió el culto de san Víctor bajo el reinado del emperador Juan Comneno hasta la famosa ciudad de Constantinopla, hoy sede del mahometismo, y en otro tiempo considerada despues de Roma como sede dominante de la religion cristiana. ¡Y tú, Marsella, venturosa patria de Víctor, en qué infaustos dias hubieras podido olvidarte de tí misma hasta el punto